

LADY GRECIA

Riot Über Alles & Vanity Dust

EL PAPELITO AMARILLO

Viernes 11 de julio, 23:00
Aeropuerto de Castellón
19 horas antes

Con las manos sudadas y sin ningún motivo en concreto dejo caer sobre la palma del taxista la cantidad justa correspondiente a la tarifa. Salimos. Sale el taxista. El tipo abre el maletero. Nosotros sacamos las maletas. Alguien da las gracias de nuevo: qué bonito. Caminamos hacia la terminal. Las ruedas de nuestras maletas Samsonite y los chicles de colores deslucidos. Me escuece la entepierna, pero no digo nada. Quizá a él también le escuece la entepierna. Es normal, hace mucho calor. La tienda de *souvenirs* rebosa de productos, algunos de ellos lácteos. Compramos la Penthouse y leemos las recomendaciones culinarias del mes. En otro orden de cosas, no puedo parar de pensar en la gente fea. Levanto la mirada de la revista y veo a una mujer repulsiva arrastrando a su somnoliento vástago

de la mano, un niño igual o más feo que su madre, y pienso en porqué he tenido que levantar los ojos de la revista. *Plátano flambeado con crema de cacao, postre del mes*. Mis ojos estaban bien donde estaban. Hay ciertas cosas inevitables en la vida, pero hay que ir con cuidado: muchos de los malos tragos por los que pasamos son ciertamente evitables. Nuestro viaje no lo es. *Melanie, grandes expectativas*, léase en sentido metafórico. No hay muchas Melanies como la de la portada de Penthouse en la cola donde debemos esperar para facturar nuestro equipaje. Tampoco en las páginas 54, 55, 56, 57 y 58. Me encantaría haberme encontrado con Melanie en un gran centro comercial sitiado por zombis, o algo así. Buenos argumentos, a eso me refiero: cuando una mujer hermosa está a punto de morir puede ser extraordinariamente flexible con su criterio. Nuestro equipaje, en concreto una de las maletas, vibra. Pero ni el taxista ha hecho comentario alguno ni la chica sin escote del mostrador se muestra interesada por las sutiles sacudidas que emite la Samsonite. En realidad, cuando R le ha enseñado las encías junto a su DNI ella ha bajado la vista. Ha querido evitar lo evitable. Bien hecho. Yo en su caso hubiese hecho lo mismo. Voy al baño. Vomito y constato que el escozor de la entrepierna continúa en pleno apogeo, como una bombilla del Pentágono. Pienso en Melanie. Tratar el escozor, sea del tipo que sea, con cariño y dedicación. Esa es Melanie, o así me la imagino. Sigo pensando que, asediada por zombis, ocuparse

de mi escozor escamoso sería el menor de sus problemas. Me prometo no pensar más en ello.

Salgo del baño tras enjuagarme la boca. R me espera golpeando una pared, no muy fuerte. Es un hombre temeroso del dolor. Pero hay cosas que no pueden evitarse. En el *Duty Free* no nos dejan comprar más de cinco litros de alcohol. R prueba de nuevo mostrando sus encías pero esta vez la chica amenaza con llamar a seguridad. Salimos con los ocho cartones de tabaco repartidos en bolsas selladas. Nos han regalado cuatro encendedores promocionales. Todo el mundo tiene un precio.

R se queda mirando fijamente a una mujer, no particularmente vieja, que mira con devoción el panel de velos como esperando un milagro. Luego, visiblemente afectado me dice: *a esta no me la follaría*. R y yo somos muy sensibles a la fealdad. La fealdad, me refiero a la física, es un asunto ciertamente jodido. Es algo en lo que me veo obligado a pensar casi todos los días de mi vida. Puedes resolver temas como ese corte de pelo de mierda que algún depravado te puso ahí encima como para reírse de ti a tus espaldas. Puedes quemar tu ropero. Puedes llenarte de gelatina el culo o afeitarte el pecho hasta que parezca el culito de un bebé. Pero no puedes resolver eso de ahí, lo de tu cara. Eso es para toda la vida. La cirugía plástica no hace más que empeorar las cosas.

Sin aparente explicación, justo antes del embarque, R mea en las plantas de la salita de espera. El repertorio

de gags de R está afectado de cierto primitivismo; ello lo hace más entrañable. Su cara de satisfacción y sus encías brillantes y rosadas se cruzan en mi campo visual. La orina se filtra por el tiesto y se esparce por el suelo immaculado. Una niña hace carreras con el carricoche de su muñeca. Frecuentemente los niños son los seres más atentos para con el entorno. Se acerca al reguero de orines con timidez. R le dice con un movimiento de cejas que puede coger todo lo que quiera. El rostro de la niña se ilumina. Saca el biberón de su muñeca.

Hay diferentes tipos de fealdad. Estos tipos se miden normalmente por grados, y estos grados se determinan por la reacción que la fealdad de uno crea en los demás. Esta reacción se basa principalmente en el rechazo. Y el rechazo, afortunadamente, es gratis. La mayoría de la gente es fea. Es ese tipo de fealdad que resulta soportable por su condición mayoritaria: a todo se acostumbra uno. Pero luego existen esos casos excepcionales, fascinantes, que atrapan. Fealdades inclementes, caprichosas, que no necesariamente han de partir de la desfiguración, la mutilación o la mutación. Personas que lo tienen todo y todo está más o menos en su sitio, pero mal. Confabulaciones fisonómicas sádicas: combinaciones de nariz, boca, ojos, cutis, orejas y cejas que sorprenden por su crueldad y no puedes dejar de mirar. La fealdad puede atrapar tu mirada incluso más que la belleza. Y en ello hay algo especialmente salubre: quiero decir que, cuando te quedas anonadado con un rostro bello, infinitamente hermoso, rebosante de simetría y orden cósmico,

tu reflexión inmediatamente posterior deriva, por lo general, en la envidia y en la frustración que ocasiona el no poder hacerlo tuyo, meterlo entre tus piernas, usarlo a voluntad. Te ruborizas y acabas por perder la batalla. En el caso del anonadamiento ante la fealdad extrema, tu divagación es diametralmente opuesta, y una tibia sensación de alivio te colma cuando, al observar ese cruel ejercicio de la genética, te das cuenta que no todo es *tan* malo. O, en todo caso, que siempre podría ser peor.

Embarcamos. Sobra decir que la mayoría del pasaje es feo. R no se ha subido la bragueta. La planta sigue chorreando y los padres de la niña se preguntan qué es lo que contiene el biberón que ella se empeña en dar a su muñeca. Es zumo de persona, dice la niña. Ser padre suele ser un error.

El vuelo será largo, por ello decidimos sentarnos en un lugar diferente al que indican nuestros billetes. Un poco de caos hostil antes de comenzar. Encontramos especialmente confortables los asientos que dan a la salida de emergencia. Puedes estirar los pies y estás a medio metro de poder abrir la puerta si fuera necesario.

18 horas y 15 minutos antes

Se forma una larga cola cuando una mujer, fea, dice que estamos sentados en su lugar. De modo autoritario, nos muestra su billete: 18B. Está en lo cierto,

cosa que lo hace todo ciertamente más divertido: me molestaría que alguien en este avión tuviera un sentido del humor afín al nuestro. R está haciendo rulos con el tríptico de las reglas de seguridad. Tuerce el cuello. Mira a la mujer que parece ser la legítima dueña del asiento 18B. Le enseña sus encías. El rictus de la mujer fea se tensa. En un acto de desafío aprieta el botón con el pictograma de una azafata. Suena un pitido enternecedor. El resto de pasajeros se impacientan esperando a ocupar sus asientos legítimos. Un uniforme azul impoluto trata de hacerse paso por entre el gentío acudiendo a la señal acústica. La mujer de azul, maquillada, con algo de ojeras, golpea sin querer a una niña que lleva un biberón y una muñeca. Un pequeño chorrillo amarillento, aún templado, sale disparado y da en la cara de un señor con barba. El barbudo cierra los ojos instintivamente, se pasa la mano por la cara, abre de nuevo los ojos. Sonríe a la niña, condescendiente y cómplice. Ese hijo de la gran puta con barba modelo integrista no sabe que R se le ha meado indirectamente en la cara. Un pis tóxico el de R. Se comenta por el barrio que una vez oxidó al instante una cadena al mear sobre ella. La cantidad de toxinas que R insiste en hacer corretear por su organismo hacen de sus orines algo así como un arma biológica. El barbudo, menudo imbécil: a ver si es tan condescendiente cuando empieza a detectar que sobre la zona afectada empiezan a surgirle pústulas. En este preciso instante, el jardinero que se ocupa de las

plantas del aeropuerto contempla, sin encontrarle una explicación convincente, cómo una planta de plástico ha podido marchitarse.

La azafata, odiando su trabajo un día más, llega como puede al asiento 18B. Pregunta en qué puede ayudarnos. La mujer fea intercede, aclarándole que el problema no lo tenemos nosotros, sino ella. *Eso es completamente cierto*, me digo, y sonrío para mis adentros. No sabes lo cierto que es, maldita sea. No sabes hasta qué punto tienes un problema.

—Estos caballeros —prosigue—, han ocupado mi asiento y no quieren levantarse. Mire.

Señala con el dedo el número de su asiento en su billete, acercándolo al número de vinilo adhesivo que se encuentra justo encima de mi cabeza. Acto seguido la azafata nos pide muy educadamente nuestros billetes. Me hace mucha gracia cuando la gente actúa de forma tan educada, protocolariamente. Hasta el final no actúan con pelotas: esperan al máximo, gastan todos sus cartuchos. Es como si no pudieran comprender, hasta que la evidencia no les deja otro remedio, que hay gente —gente como yo y como R— que no están en absoluto interesados en la convivencia pacífica.

—Por favor, les agradecería que regresaran a sus asientos correctos.

Tarareo y silbo. R cierra los ojos y se encoge como un ovillo, con el cinturón de seguridad abrochado. Comienza a roncar. Me siento invitado a acariciarle, a acompañarle en su pequeña cabezadita. *Duerme mi*

ángel, duerme mi bien. La mujer fea resopla, su atrofiada adrenalina comienza a desperezarse. Con la presencia de la azafata se siente fortalecida. Saco nuestros billetes. Se los entrego con la mano temblorosa a la mujer azul. El número original está tachado, en su lugar, con bolígrafo rojo, está escrito al lado 18A y 18B. *Señora azafata, una de nuestras maletas vibra sin razón aparente.* La azafata me mira y en su cara detecto miedo, una creciente incredulidad, desconcierto. La cosa funciona. R habla en sueños. Reclinado sobre sí mismo, acurrucado y con su reluciente cabeza entre las rodillas, balbucea cosas relacionadas con la vida en el campo, lejos del mundanal ruido.

—Señor —me dice susurrando el polo de Blue Tropic—. Estos no son sus asientos. Si cree que esto es gracioso, se equivoca. Y, sintiéndolo mucho, si no acceden a ocupar los asientos que les corresponden, me veré obligada a avisar a seguridad para que los expulsen del avión.

Zorra desconsiderada. *El campo verde, las libélulas...* R prosigue su excursión campestre. Falta ambiente. Vuelvo a apretar el botón con el pictograma de la azafata. Me gusta el pitido enternecedor. Por entre la larga cola de pasajeros frustrados que esperan ocupar sus asientos surge otro uniforme azul.

—¿Desean algo los señores?

—Su compañera y esta señora nos están importunando. Nuestro botón para llamar a la azafata, correspondiente al número 29A y 29B, no funciona, por eso

nos hemos sentado aquí momentáneamente. Queríamos unos cacahuetses y regresar a nuestros asientos.

—¿Unos cacahuetses? —dice la nueva azafata.

—Sí, unos cacahuetses. Unos magníficos cacahuetses salados. Deliciosos e hipercalóricos cacahuetses. Solo eso.

La azafata inicial, atónita, no para de escrutarnos con la mirada, sin entender demasiado nuestros procedimientos.

—¡Esto es inaceptable! ¡Bárbara, llama a seguridad!

La nueva azafata, después de dudar un instante, vuelve a hacerse paso entre el overbooking de pasajeros quejumbrosos e irritados, esta vez en dirección contraria. La mujer fea nos mira, apretando los dientes, deseando ver cómo un gorila peludo y analfabeto nos coge de las orejitas y nos saca fuera del avión, entre los aplausos del resto de pasajeros, satisfechos por el hecho de que se haya restablecido el orden y la armonía. Al cabo de un par de minutos, los pasajeros en *standby* deben apretujarse incluso más al paso de Bárbara y el encargado de seguridad. *Estos dos*. El agente de seguridad toca mi hombro con autoridad y me pide con relativa educación que me levante. Que despierte a mi amigo. Error, colega.

Meto mi mano dentro de la americana: sé que piensan que voy a sacar algo peligroso. Tensión, huelo los nervios. Saco muy lentamente un papel doblado de color amarillo. Extiendo el documento, aún doblado, al encargado de seguridad. Lo abre, lo lee, lo vuelve a

doblar y me lo devuelve. *Por favor, caballeros.* Bárbara, la primera azafata, la mujer fea, todos, todos mirando, esperando. Reconozco en sus respiraciones la siempre proverbial sed de sangre. *Por favor, si desean acompañarme, les mostraré la zona de primera clase. Disponemos de dos asientos libres que finalmente no han sido ocupados y pensamos que ahí estarán más tranquilos y cómodos.* Le pregunto si en primera clase hay cacahuets salados. *En primera clase podrán pedir lo todo que se les antoje de manera gratuita, tantas veces como gusten.* Ja, tío listo. Eso es lo que te crees tú. Todo lo que se me antoje, dice. No tienes ni puta idea de lo que se me está antojando ahora mismo. Bárbara, será mejor que vigiles tu azul culo porque hoy hay luna llena. Vaya que si la hay.

Así sí, ¿ves? Despierto dulcemente a R y para ello solo tengo que contar hasta tres, chasquear los dedos y decir *ahora... ¡Despierta!* R hace unos gestos simiescos como para preguntarme si hemos llegado ya. Nos levantamos, sonrío afablemente a las azafatas y a la fea del 18B. R me mira y comprende la cordialidad de la situación, así que enseña ilusionado sus encías y juntos nos vamos tarareando y silbando hasta la *Executive Class*. Los pasajeros, antaño cabreados y enojados, guardan un silencio fúnebre, incómodo, que a nosotros nos provoca una nueva inyección de felicidad.

Botón de pictograma de la azafata. En primera clase los botones son más grandes y el pitido que emite al pulsarlo suena en estéreo.

—Queríamos una botella de whisky.

—Por supuesto, caballeros. Pero tendrán que esperar al despegue.

Bien. Controlo mi ira: el pragmatismo es un afortunado don al que he de agradecer mi supervivencia. Pido una biblia. La azafata de primera clase —hermosa, de pechos generosos, sabedora de lo mucho que podría hacer por un hombre aparentemente inconsolable como yo— me acerca sobre una bandeja un libro grueso, edición rústica, de portadas negras y mudas. Tan solo una cruz dorada en el lomo. Esto es lo que tiene escribir un bestseller de tal magnitud: que no necesitas ni siquiera una buena portada para venderlo como churros. Podrías meter todas las hojas de la biblia entre dos cartones de microcanal y la seguirías vendiendo cosa mala.

Los motores. Empezamos a sentir una ligera vibración bajo nuestros pies. Miro nuestra bolsa de viaje. Vibra de manera independiente y pasa totalmente desapercibida. R permanece con la cara pegada al vidrio de la ventanilla: me hace saber a través de una elocuente concatenación de gruñidos y manoteos al aire que está preocupado por... Quiere asegurarse, eso es. ¿Cómo? Ah. Quiere asegurarse de que no se nos engancha a última hora uno de esos engendros demoníacos y peludos que se comen los motores y las alas del avión en pleno vuelo. Recuerdo ese capítulo de *Dimensión Desconocida* en la segunda temporada que trataba precisamente de eso. Quizás lo vio hace poco y quedó fatalmente impresionado,

es una posibilidad. Pero creo que él se refiere más bien a los judíos.

17 horas antes

Tras dos horas de retraso, finalmente despegamos. R no puede evitar lanzar un alarido caníbal. Golpea, de nuevo sin fuerza, el asiento delantero. En momentos de tensión R suele practicar ejercicios de boxeo pedagógicos. El aburrimiento nos invade. Mientras esperamos pacientemente la botella de whisky observo las caras del resto de pasajeros. A grandes rasgos podemos distinguir dos estados anímicos: el aburrimiento y el terror. La mayoría están aterrorizados, por eso se aburren. Y viceversa, porqué no. Se aburren terroríficamente mientras no pueden obviar la idea de que las reglas cambian ligeramente a 23.000 pies de altura. Tus prioridades cambian. Tus opiniones están afectadas por el lejano rumor de la muerte, la sutil presuposición de que, en realidad, nada importa demasiado, más allá de que se mantenga ese pesante silencio general que garantiza con su presencia que todo va bien, de momento. La histeria no es amiga del silencio.

Arranco una página de la biblia y me sueno los mocos con ella. Cuando por fin se apagan las luces que obligan a abrocharse los cinturones llamo a nuestra hermosa azafata y le entrego el papel arrugado plagado de mucosidades. No sé muy bien de dónde la ha sacado, pero R toca la armónica marcando el compás con

el pie derecho. Veo que ha encontrado el pack para niños colocado en el bolsillo del asiento delantero y ha sacado las pegatinas y las ha pegado en la ventanilla. También ha usado los lápices de colores para dibujar el prisma que aparece en la portada del disco *Dark side of the moon* de Pink Floyd. Con la armónica intenta reproducir un tema country que suena como si estuviera masticando un gato vivo. Me repito, una vez más, que su mundo interior es fascinante. Mirando fijamente los pechos de la azafata pronuncio dos palabras: *whisky* y *hielo*. Ella asiente y se retira para satisfacer mi demanda. Silbo y tarareo al compás de la armónica de R. Cuando la azafata regresa con la bandeja, dos vasos, el alcohol y el contenedor metálico con el hielo, miro de nuevo sus pechos y digo: *Unos fabulosos cacahuetes con sal, bien fritos y grasientos*. La sonrisa de la hermosa señorita azul se quiebra. Asiente. R reproduce la música atonal de la escena de la ducha de Psicosis. La realidad es que desafina y la melodía se parece más a los pitidos de los pulmones de un fumador compulsivo de noventa y siete años. La azafata regresa con los cacahuetes. Una gota de sudor se desliza por su sien y le baña la mejilla. Con un gesto brusco, alejado de la feminidad y profesionalidad que justifica su sueldo, se la esparce toscamente con la mano, la misma mano impregnada de sudor con la que se atusa el cabello. La belleza puede convertirse a la mínima de cambio en vulgar accesorio si no se mantiene la guardia en todo momento.

—¿Tienen gafas 3D para ver la tele?

–Tenemos auriculares para que escuche la radio.

–No, gracias, mi amigo toca la armónica en un club de folk de nuestro barrio y me encanta escucharle. Pero quiero unas gafas 3D.

Al escuchar *mi amigo*, R deja de tocar la armónica, sonríe y enseña las encías. Sus encías son un reclamo parecido al escote de una mujer necesitada de cariño. Con ganas de gustar.

–También sabemos hacer obras de teatro breves, sencillas y divertidas. Si no tenemos gafas 3D podemos hacer un pequeño vodevil para que nuestros amigos pasajeros puedan entretenerse.

La etiqueta de indeseables vuelve a cernirse sobre nosotros. R está dibujando una especie de mapa del tesoro.

–Señora azafata, nuestra maleta vibra sin razón aparente. Que lo sepa.

Para tranquilizarla –recordemos que no es lo mismo ni igual de divertido cabrear a una mujer fea que a una bella silueta servicial– le comento que con el whisky ya tenemos suficiente, y que si nos pone el canal de porno no necesitaremos nada más. Escrutando la expresión de su rostro espero no tener que volver a agitar delante de nadie el papelito amarillo que descansa en el bolsillo interior de mi americana.

16 horas y 35 minutos antes

Hace más de veinte minutos que R se fue, tambaleándose alegremente como un tentempié, hacia los

servicios. Silencio. Todo bien. No es que esté preocupado, en absoluto: solo es que empieza a picarme la curiosidad por saber qué es lo que debe estar haciendo. Descarto la posibilidad de la masturbación: si R quisiera o le apeteciera aliviarse, lo habría hecho en la misma butaca cubriéndose con la manta que te dan nada más subir a bordo. No sería la primera vez. Así que me levanto y me dispongo a ir en su busca. Camino por el pasillo que me conduce a la clase turista. Esta es una de esas situaciones-en-calma que me acaban por desquiciar. Intento mantenerme sereno mientras paso a través de filas de butacas rebosantes de carne flácida y palpitante, bocas babeantes, expresiones vacuas y somnolientas, diferentes miradas perdidas en idénticos reposacabezas. Al final del segundo bloque de butacas encuentro a R de rodillas acariciando el cabello de una muñeca hundida en un carricoche de juguete. Reconozco al instante a la niña que se encuentra a su lado: la del biberón de meados. Buena chica, me cae bien. Con las premisas adecuadas y un entorno propicio podría llegar a convertirse en una perfecta cabrona. Si tuviera hijos —perversión que incluso a mí me eriza el vello de los antebrazos y me hace sudar frío— sería únicamente por esa razón. Para poder entrenar desde cero a un ser humano. Adoctrinarlo para transmitirle mis valores, mis enseñanzas, mis trucos más viles. Descubrirle que los límites de la depravación y de la misantropía activa solo los puede imponer uno, y que nadie, jamás, habrá de acotarle en el noble y conspicuo arte del *odiamento*. También

para poder pegarle de vez en cuando. Encerrarlo en un cuarto pequeño y sin luz, de estrechez asfixiante, para luego dejarle salir y lanzarlo contra un grupo de domingueros. Como un dóberman. Es maravilloso cuando un ser humano consigue alcanzar la iluminación de la Bestia.

R tiene el biberón en las manos. Está medio lleno. La niña sonríe, alegre, está encantada con su nuevo amigo. R se relaciona con el mundo exterior de manera asimétrica. R, siguiendo algún criterio derivado de su rico y complejo mundo interior, solo habla conmigo y con niños menores de diez años. Es una rareza escuchar más de cuatro palabras seguidas saliendo de su boca. Tampoco construye frases complejas, ni habla en pretérito. Ahora tiene el biberón en las manos y la niña juega con la armónica. Algunos pasajeros que fingen querer dormir –nadie es capaz de dormir en un avión, por muy empeñado que esté en aparentarlo– lanzan miradas despectivas, pero al ver una inocente niña riendo sus desquiciados corazones se ablandan. R rocía el biberón encima de la niña. Ella lo interpreta como un buen bañito. Ríe y su camiseta queda empapada marcando sus pezones en unos pechos inexistentes.

–R, es la hora de hacer eso que los dos sabemos –cuchicheo en su oído–. Vete preparando.

Como atraído por una llamada celestial, deja a la niña chorreando y se despide con un ademán, no sin antes recuperar su armónica. Suena un pitido algo más

violento que el de la *llamada de azafatas*. Hay turbulencias, así que todo el mundo debe regresar a sus asientos para abrocharse la mierda de cinturón y fingir, como cuando duerme, que está tranquilo. Que todo está bajo control.

14 horas y 10 minutos antes

Mientras las turbulencias acechan, tardamos más de diez minutos en regresar a nuestros asientos. R está abrazando a todas aquellas personas que padecen sobrepeso. Cosa curiosa, yo que creía que solo se relacionaba con personas menores de diez años y conmigo. Tras algunos sobresaltos e improperios, una azafata que no conocíamos —no paran de salir nuevas individuos tan azules como bienintencionadas— nos invita azarosa, nerviosamente, a volver a nuestros asientos. Como ya he dicho antes, el pragmatismo es una de mis grandes cualidades y va siendo hora de empezar a poner las cosas en orden. No ignoro en absoluto que, para ello, va a ser necesario seguirles un poco la corriente, hacerles pensar que estamos dispuestos a colaborar de manera estándar. *Señora azafata, este avión es de tal dimensión que no recuerdo exactamente el paradero de nuestros asientos.* Asiente. R le da la mano. Sé positivamente que R tiene la mano MUY sudada. No conozco a nadie a quien le suden tanto las manos. Además, tal y como antes he aclarado, R es una auténtica despensa de lluvia ácida. Sus toxinas gozan de

una solera incuestionable, y sus virtudes físicamente cáusticas ya han sido demostradas con anterioridad. Seguramente, esa azafata va a tener que limpiarse su azulado potorro con la zurda durante bastante tiempo. Sentados de nuevo, mientras el avión continúa sumido en alguna tormenta puntual, apretamos el botón para llamar a nuestra azafata preferida.

—Buenas, querida. Verá usted, a ver cómo se lo explico... —respiro hondo, como haciéndome cargo de la situación—. Mi amigo R ha compuesto una melodía inédita que desearía tocarle en directo al comandante del avión aunque no lo manifieste abiertamente —R está lamiendo la pantalla que proyecta un capítulo aleatorio de *Sexo en Nueva York*—. Mi amigo considera que, tras estas indeseables turbulencias, el comandante agradecerá enormemente un soplo de aire fresco después *de tan exigente pilotaje*. ¿Podría ser, señorita?

Nuestro cielo azul empieza a nublarse cuando escruta mi rostro y en él no ve atisbo de chanza. Bonita, va *totalmente* en serio. Confío en que tenga buena memoria y cierto sentido de la lógica. Esto vendría a significar, en otras palabras, que recordara *qué* ha pasado cuando se nos ha negado algo desde que despejamos. Una chorba en su sano juicio tendría más que claro que, por lo menos, ha de intentarlo. Instinto de supervivencia.

—Armónica, jovencita. Armónica, comandante, sala de mando. Nosotros dos, tú, una copa y ni una palabrita de más. Como se suele decir, no quiero oír un *no* por respuesta.

La pantalla de R babea y empieza a deshacerse. Al escuchar la respuesta de *Mademoiselle blu noir*, mi amigo comienza a sollozar desconsoladamente. Se pone de pie en el asiento y hace la ola repetidamente y con intensas convulsiones.

–Mire, querida –escruto de nuevo sus senos con interés detectivesco, como queriendo descubrir la prueba definitiva que la ha llevado a ocupar un cargo relevante en primera clase–, mi amigo R es un músico talentoso, exigente consigo mismo. Si no fuera una melodía especial y, permítame la expresión, *mágica*, no le estaría pidiendo esto.

Azul como la psilocibina, como la sangre de un puto replicante. Azul, azul, azul es el color del mar, de los ojos de Paul Newman, que en paz descanse, y de las ojeras de un babuino. Azul nuestra azafata, azul el *mood* desconsolado que me invade cuando vuelvo a escuchar una susurrante negativa de sus labios ciertamente desaprovechados. Bien, no podemos permitirnos usar la violencia ahora: aunque R estaría más que dispuesto a desplegar ese Vietnam interior que lo hace tan inconmensurablemente útil en momentos de tensión, no es lo que necesitamos ahora. Tiendo a la reflexión durante unos segundos y emprendo una nueva línea de negociación.

–Escúchame, hermana –le digo–. No quería decírtelo. No es algo que me guste ir esparciendo por ahí como una noticia que todo el mundo deba saber. Pero mi amigo R aquí presente, tiene... um, digamos cierto *problema*. Un *problema* de *salud*. No sé si me entiendes.

Arqueo las cejas y dejo que su imaginación vuele: cáncer, sida, hepatitis C, esclerosis múltiple, diabetes, elefantiasis, quién sabe. Un proceso degenerativo, eso es: R se convierte en arena si no se le complace. O en mermelada, lo que prefieras.

—El caso, hermana, es que está jodido. Pero jodido de verdad.

Uno o dos segundos de silencio.

—Lo siento, señor. Siento muchísimo lo de su... amigo, de verdad. Pero está estrictamente prohibido visitar la cabina de mando.

Lo dice con un volumen de voz propio de un convento benedictino en pleno viernes santo. Aunque me cuesta lo mío oírlo, capto el mensaje. Y es que hay veces que los tópicos no funcionan. Más veces de las que uno desearía, la verdad.

—Mi amigo —prosigue pausadamente y poniendo cara de verdadera afectación— puede provocar, muy a su contra, problemas que a 23.000 pies de altura serían un auténtico estropicio.

En este preciso momento, R tiene los ojos en blanco, y de su boca se desprende torpemente una viscosa y densa espuma verde. Una mousselina de menta en versión corrosiva. Al fin nuestra querida y voluptuosa azafata azul cede bajo unos signos de clara desesperación y desarme. *Síganme, por favor, pero solo cinco minutos.* Me congratulo para mis adentros.

Empezamos a caminar solemnemente hacia la cabina y R intenta cogerla de la mano. Se lo impido.

Amigo, a esta la necesitamos *entera*. R me mira con los ojos de un samurái a punto de hacerse el *seppuku*. A veces me mira así, y debo decir que al principio me impresionaba un poco, pero luego me percaté de que R, a pesar de ser un *ente* un tanto *sui generis*, sabe establecer su propia cadena de mando. Sabe quién tiene el control de la caja de galletas. La seriedad nos embriaga. Puñados de pasajeros, ordenados numéricamente de tres en tres, quedan a nuestras espaldas mientras avanzamos hacia el cerebro de la máquina. *The blue noir girl* coge una especie de pinganillo. Trata de que no la escuchemos. Tampoco nos interesa lo que tiene que contarle al capitán. Lo que me importa es lo que tenemos que contarle nosotros.

—Podéis pasar. Les advierto de que en Tierra están avisados de esta *visita*. Confío en su buena voluntad. Por favor, ¿sí?

—Nos importa un bledo tu confianza en nosotros. Recuerda que tu descortesía ha hecho emulsionar espuma verde a mi amigo.

R deja escapar una lagrimita y se abraza a mi pierna. Menos mal que llevo pantalones. Le acaricio suavemente la coronilla. Sigo debatiéndome entre si la calvicie de R es provocada y reversible. Al fin, se abre la puerta que accede a la cabina.

Tras cinco minutos, esperamos a que el whisky esté debidamente servido en nuestras mesitas auxiliares de nuestros respectivos asientos de cabina. Con el hielo aun crujiendo, languideciendo y rindiéndose ante cuarenta grados de alcohol etílico.

Se hace el silencio entre R y yo, cruzamos una suerte de mirada cómplice: estamos en ello, en *lo nuestro*. Notamos como los turborreactores siguen haciendo su impasible trabajo. Como cada día, desde que fueron concebidos. Transportando ilusiones, proyectos empresariales, matrimoniales o, sencillamente, turísticos. Un conglomerado de pequeñas luces parpadea con diversos colores e intensidades. El mando. Y los dos señores que han estudiado cosas complicadas y simulado accidentes aéreos en un ordenador para llegar hasta donde están. Dos trajes oscuros, con líneas blancas fosforescentes y sí, dos gorras, conforme a su importante cargo aéreo.

13 horas y media antes

Capitán y subcomandante tratan de simular ante nosotros una cercanía a todas luces impostada. *Nos han comentado que tienes algo para nosotros*, comenta el capitán dirigiendo una mirada supuestamente cómplice al rostro ya de por sí profundamente complejo de R. El contratiempo con nuestra azafata nos supone inyectar cierta celeridad a nuestro propósito. *Mire usted*, le digo al capitán, *la cosa se trata de que se miren esto que tengo en el bolsillo*. Me dice no se qué de una armónica. *A la mierda la armónica*, le digo. R me hace saber que, de alguna forma primordial, he herido sus sentimientos. Pero no puedo permitirme este tipo de desmanes lacrimógenos a estas alturas. 23.000 pies

de asuntos propios y ciertas prioridades: las mías. El capitán lanza una mirada desorientada al subcomandante e inmediatamente vuelve a fijar su atención en nuestros intereses. Entonces, como acometido por ese sentimiento que tanto odio —el sentimiento de *hacer lo que tienes que hacer*—, meto dos dedos en el bolsillo de mi americana y saco a modo de pinza el consabido papelito amarillo. *Dale buena cuenta, marinero*, le digo en plan puta de Saigón levantándose las enaguas. El efecto es claro, el previsto, lo que tiene que ser. La cosa va de que todo el mundo la caga de vez en cuando. Nuestro capitán y el ternero que tiene por subcomandante no van a tener otro remedio que *cagarla*, cometer lo que para ellos va a ser *un gran error*. No así para R y para mí: es hora, muchachos, de cambiar el rumbo de la historia. O, como mínimo, el de este puñetero pajarito diesel.

13 horas antes

Desde que el capitán anunció por megafonía la existencia de una escala imprevista, el nerviosismo a bordo ha llegado a cotas la mar de divertidas. Estoy especialmente contento por R. Mi buen amigo ha tenido la oportunidad de sacar a relucir, de forma excéntrica y realmente original, toda esa misantropía que le hierva dentro. Está, por así decirlo, vaciando sus huevos mentales. Está rociando amor de una forma muy marciana sobre todos aquellos pasajeros que

decidieron, nada más conocer su nuevo destino, rebelarse de formas variopintas y contestables. Es destacable el sentido común que nuestra chica de azul, nuestra favorita, la elegida, está poniendo en funcionamiento ante las premisas de la nueva situación. Me cae bien esta chica. Aparte, por supuesto, de su excelente genética, un *bouquet* físico de alta alcurnia, un oasis visual ante tanta fealdad.

Nunca hemos estado en Grecia. R ya se ha puesto el bañador, lo lleva por las rodillas. Tiene gracia que se haya olvidado de sacarse previamente sus pantalones negros y roídos. Según lo acordado entre los pilotos y el papelito amarillo, la megafonía declama: *Queridos pasajeros, nuestra compañía les invita a una breve parada en una isla griega paradisíaca. El retraso estimado del vuelo será de cinco horas respecto a la hora prevista inicial. Les ofreceremos todo tipo de bebidas gratuitas, tentempiés y podrán sacar fotos desde la ventanilla. No estará permitido bajar del avión. Disculpen las molestias.*

Es complicado aterrizar en una isla griega que carece de aeropuerto. Una improvisada pista de arena con baches y piedras, apenas habilitada para recibir avionetas biplaza, será nuestra balsa de aceite. A R y a mí nos pareció que un *simpático* secuestro temporal sería el modo más cómodo de llegar al destino deseado. En los asuntos de negocios es muy importante que la gente involucrada, pero ajena a la organización, tenga *algo* que contar durante los próximos tres meses. La gestión del cambio de rumbo del avión ha

sido agotadora –hasta cierto punto– así que R trata de ver un episodio de Bob Esponja en su pantalla deshecha por los ácidos y yo bebo la ansiada botella de whisky, a morro, propinándole pequeños sorbos balsámicos.

Es bueno y, en cierto modo, útil contar con la habilidad *de la previsión*. Una previsión más o menos exacta a corto o medio plazo puede hacer que estés preparado, en guardia. Que no te puedan sorprender con facilidad. Eres más fuerte, vas un paso por delante del resto. No te ves obligado a improvisar *por completo*. Pero suele pasar que el comportamiento de ciertas personas en momentos de súbita presión pase a convertirse en una especie de caja de Pandora recién abierta, en una palpitante bomba de carne y nervios. Esto, a 23.000 pies de altura, puede alcanzar proporciones inusitadamente épicas: las sensaciones de peligro, de histeria y descontrol se tornan exponenciales hasta lo técnicamente inabarcable. Todo el avión sabe ya que lo que pasa es culpa nuestra. Aún así, ni de coña se imaginan la que se va a liar aquí. Y aunque se lo imaginaran, lo más probable es que seguirían sin entender nada: se les pasaría por alto que nuestra *misión* –eso que R y yo vamos a gestionar en esa isla recién privatizada de Grecia– va a mantener entero y coleando su actual *stablishment* vital, esa *way of life* que tanto les gusta y por la que precisamente están sentados en las butacas de este avión. Eso fue lo que nos dijeron los contactos anónimos con los que tratamos: *esto va*

a ser por el bien de todos. No tengo ninguna intención, eso sí, de defender nuestro propósito ante las enarboladas fuerzas vivas que, a cada minuto que pasan alejándose de su destino original, más ganas tienen de lincharnos. Tanto a R como a mí nos estimulan este tipo de situaciones. Somos adictos, de alguna forma, a la adrenalina bárbara y visceral que se destila al poner nuestra integridad en severo peligro.

Poco a poco, pero sin pausa, se van formando diversos grupúsculos de airados pasajeros que alimentan mutuamente su fuego interior en nuestra contra. Estamos justo en el punto de mira de su odio, de sus ganas de verter sangre sobre la moqueta gris acotada a ras de suelo por largas ristras de luces de emergencia. Pero, como suele pasar en estos casos, nadie quiere tirar la primera piedra. Nadie quiere ser el primero en cruzar esa fina línea que separa la agresión verbal entre dientes a una más específica, real, física y directamente implicante. Se les escucha mascullar, esputándose mutuamente los rostros. Las venas de sus sienas son cada vez más violáceas, más gruesas. El ansia de resarcimiento empieza a supurar. R y yo estábamos esperando este momento. En las situaciones límite aflora la creatividad, ideas capaces de revertir la situación, y nosotros andamos sedientos de este chute de adrenalina tan jovial. Lo primero que hago cuando un grupo de tres hombres, visiblemente afectados por el desespero de sus mujeres y que no han tenido otra opción que actuar como tales, es hablar de las

películas ofrecidas en el avión y de la cena. *El cuscús es un gran acierto. A 23.000 pies de altura la variedad alimenticia es un elemento relajante: humaniza muchísimo. Y por supuesto, calma la ansiedad. El trocito de queso neutro a las finas hierbas me ha sentado de maravilla. ¿Qué han elegido ustedes, vino tinto o zumo de naranja natural?.* Entretener de manera frívola a estos tres sexagenarios incapaces de matar una mosca, expertos en pedir la hoja de reclamaciones en la gasolinera, es un mero trámite mientras R hace lo *suyo*.

Grifos abiertos, papel de váter taponando cada desagüe de los diez baños del avión. En breve, la hiperactividad y gran capacidad de concentración de R a la hora de realizar planes concretos y a pequeña escala dará sus frutos. Como quizás hayáis adivinado, R no es muy amigo de la abstracción. La señora del 18B, sin duda nuestra más acérrima detractora, lleva más de diez minutos esperando para lavarse los dientes. Cansada de insultarnos, maldecirnos y de ocultar su visible miedo con una agresividad propia de un jabalí herido y acorralado, llama a la puerta del retrete con molesta insistencia. La limpieza bucal le reportaría un bienestar que anhela. En ese preciso instante una armónica comienza a sonar dentro. La mujer retrocede un paso sobresaltada por la estridencia inquietante y atonal de la melodía, hasta que nota bajo sus sandalias un pequeño reguero que sale de dentro del baño. Se abre la puerta y el músico, todavía con el bañador por la rodilla de la pierna izquierda, con las encías al aire

y con una gasa en cada orificio de la nariz, la invita a pasar con un sonido gutural mientras una riada de decenas de litros invade los pasillos de la zona central del avión. La mujer 18B lanza un alarido agudo y entrecortado, retrocede de nuevo, lleva sus manos a la cabeza. Oído barra: es hora de restablecer el orden de las cosas. Sonrío ampliamente a mis tres nuevos amigos de la tercera edad, los cuales desvían rápidamente la mirada hacia el lugar de donde provienen los chillidos. Me miran de nuevo. Mi sonrisa sigue impertérrita, como haciéndoles entender que no es el momento de hacerse el machote. El reguero de aguas fecales se ha convertido en un razonable chorro que a generosos borbotones alimenta la charca en expansión que cubre inclemente todo el piso del avión, anegando moquetas, luces de emergencia, tapizados plásticos y sus remaches. Pronto el nivel del agua se iguala de punta a punta, y entonces el nivel de profundidad comienza rápidamente a ganar centímetros. Los tres caballeros pasan a través de mí y se dirigen a donde R está intimidando a 18B, intentando compartir con ella, no sin buena intención, las gasas de su nariz.

No es que dude de las capacidades de R para el combate cuerpo a cuerpo, pero es posible que necesite mi ayuda con esos tres chicarrones. Es cuestión de momentos que el resto de pasajeros se unan físicamente a la fiesta. Supongo que será el desconcierto, el terror y el bloqueo nervioso lo que aún los ha retenido sentados ordenadamente en sus respectivos asientos.

Puedo afirmar que estamos a punto de enfrentarnos a una situación de CAOS ABSOLUTO.

10 horas antes

La azafata de mis sueños no da abasto. Y lo mejor es que no alza la voz. Bajo ninguna circunstancia, por jodida que sea. Parece Vito Corleone con peluca, falda y fular. Al tiempo que dirige las funciones del resto de sus compañeras, intenta mantener la ya pulverizada serenidad de los ocupantes. No solo eso: a la mínima oportunidad que se le presenta no duda en mirarme con los ojos atónitos, desorbitados. Así es como me manda su mensaje, que no por ser silencioso deja de ser legible. Le gusto. Sé que le gusto. Tranquila, *cherie*, pronto todo esto habrá acabado y tú y yo podremos empezar a pensar en comprarnos un bonito perro de presa que nos alegre los días en nuestra casita de campo. Pero ahora no tengo tiempo para pensar en las cosas del querer: a grandes zancadas llego rápidamente hasta donde R está lidiando con uno de los grandullones de carnes rollizas y llaveros de concesionario pijotero colgando del bolsillo delantero de sus pantalones cortos Coronel Tapioca. Los otros dos actúan a modo de muro de contención para impedir que R pueda escabullirse. Acción, reacción, ya: agarro a uno de ellos por el cuello de su polo Ralph Lauren color canario y tiro fuertemente hacia abajo y atrás, al tiempo que sitúo la empapada suela de mi bota justo

detrás de sus rodillas. Si todo fuera tan fácil en esta vida, tendría que suicidarme: pocas cosas odio más que la ausencia del reto. Tal y como estaba previsto, mi primer contrincante cae torpemente de espaldas sobre el palmo y medio de agua que ya anega todo el avión. Grita obtusamente y, al caer, salpica de la hostia. Aprovecho su horizontalidad para pisarle la cabeza: hundo mi talón de caucho *antibouncing* en su cara hirviente y enrojecida por el preinfarto. Los otros dos apenas han tomado conciencia para con la situación cuando uno de ellos, el que había tomado contacto físico con R, no tiene por más que llevarse las manos a la nariz. Cierra los ojos y gruñe porcinamente mientras se le saltan las lágrimas. Un chorro de sangre negra le baja por el mentón, adornando su camisa de seda azul con un moteado de pequeños lamparones que no van a salir ni con sosa cáustica. Con esto bastará. R ya está desocupado, puede dar buena cuenta del tercer hombre situándole las palmas de las manos en ambas mejillas frotándolas con violencia e increíble rapidez. El hedor a carne quemada empieza a hacerse patente a nuestro alrededor. Primer peligro neutralizado. Además esto ha tenido otra utilidad: a partir de ahora el que quiera hacerse el héroe va a tener que asegurarse de ir armado. Es el momento de maldecir al control de aduanas que precintó y requisó sus cortañas y sprays antivioladores. Se siente, muchachos: la culpa sigue siendo de los talibanes. El olor a mierda se multiplica y se expande como los antidepresivos

hicieron con la creciente clase media, décadas atrás. Pero estamos preparados para este tipo de pormenores. Nadie se ha creído nunca que las mascarillas de los aviones sirvan realmente para algo. *Mentira*. Arranco dos mascarillas que cuelgan gentilmente tras mi golpe seco con el codo derecho. Una para R y otra para mí, sabiendo que –como bien decía– mi gesto *creativo* no tardará en ser copiado por el resto de pasajeros. Cientos de cables y mascarillas cayendo una detrás de otra. Caras flácidas y sudorosas apretándose las gomas y, al mismo tiempo, viéndose obligadas a permanecer sentadas con los pies elevados para evitar que se mezclen con el pantano de detritus, meados y restos de comida que campan libremente por el Airbus. Los tres héroes de tocomucho –cuya misión era detenernos con la autoridad del buen ciudadano y salir en la televisión al día siguiente, sacando pecho en un vespertino programa de sucesos– se tiran de mangas los unos a los otros, visiblemente jodidos por el curso de los acontecimientos.

Alguien vomita en una bolsa de plástico. Primeros boca-a-boca gentileza de las *girls in blue*. Mi azafata favorita se encuentra calmando a una mujer que sufre unas convulsiones bailongas con muy mala pinta. La cosa empieza a desmadrarse *en serio*. R está protegiendo con su espalda nuestros asientos, donde descansa nuestra maleta vibratoria. El nivel del agua sigue subiendo, ahora empieza a llegar justo por debajo de las rodillas... Me pregunto cuántos hectolitros pueden albergar los

depósitos de un cacharro como este. Hasta *yo* estoy empezando a sentirme inquieto, joder. Aunque parece que a R le hace bastante gracia este asunto: mientras guarda celosamente nuestras posiciones, con los ojos desorbitados y la calva espectacularmente reluciente por el sudor chapotea graciosamente como si estuviera en la zona de juegos de una piscina municipal. Es fascinante como R, al igual que un camaleón, controla de forma independiente cada uno de sus globos oculares. Sus grotescos piecitos, afables en el templado y acuoso juego, nada saben de la tensión desaforada de sus brazos, manos, cuello, mandíbula y encías. Nuestra enemiga natural, la señora del 18B, ha desaparecido de mi vista y eso me preocupa un poco. Espero que a esa zorra no se le ocurra tomárselo a título personal. Miro mi reloj de pulsera. Según mis cálculos, aún faltan algunos minutos para que tomemos tierra en nuestra idílica isla. Las turbulencias siguen ahí fuera, pero han menguado su virulencia. Todo apunta a que ya hemos pasado la zona eléctrica.

8 horas y 40 minutos antes

Estoy aprendiendo muchas cosas durante este trayecto. No sabía, por ejemplo, que en los aviones tuvieran camisas de fuerza a disposición de los pasajeros. Y tampoco sabía a ciencia cierta la complicidad que dos personas pueden llegar a gastarse en su primera cita cuando meten en la camisa de fuerza a

una tercera. Los melones de Blu Noir, ahí los tienes librando una batalla contra el sujetador. Mientras aprieta las muñecas de la señora del 18B contra su estómago, atándolas con las cuerdas marrones preparadas para tal fin. Y ella que quería irse de vacaciones, o alguna mierda por el estilo... A Blu noir ya no le importan mis suaves caricias bajando cintura abajo cuando la señora del 18B ahoga los gritos en las gasas que R, siempre atento a las tareas concretas pero igual de necesarias, le ha colocado dentro de la boca con la delicadeza de un dentista serbio. Aunque la mayoría de los mortales prefieran otros instantes más *mainstream*, pienso que nunca es un mal momento para enamorarse, ni mucho menos para sumar complicidades erótico-existenciales a una situación de tan barroca complejidad como la que nos ocupaba a Blu Noir y a mí. Imagino que podremos inmortalizar este momento de trabajo conjunto con alguna botella de buen Merlot afanada de la despensa, querida. Dicho y hecho.

El capitán, con una evidente voz cansada y con menos energía que la de un tocadiscos recién desconectado, anuncia por megafonía el inminente aterrizaje. R brinca en el asiento y señala a través de la ventanilla las diminutas embarcaciones que, ajenas a todo este embrollo, surcan el mar que circunda la isla de nuestro destino. *Habrá piscina, buenos amigos, vino y una moto para buscar grandes árboles sobre los que dormir y hacer picnics*, le comento animosamente a Blu Noir.

Ella sonríe, sin más. *Chico*, me digo, *estás de suerte*. Vaya que si lo estoy. Mezclar con audacia trabajo y placer, íese soy yo!

Notamos como el avión empieza a perder altura sin demasiados aspavientos. Ya va siendo hora de salir de esta jaula de chimpancés. Qué pestazo, rediós. La cara de R muestra cierto desconcierto mientras se toca con los dedos el interior de sus orejas. Presupongo que la mente de R es incapaz de retener informaciones adquiridas a través de la experiencia, y por eso no debe acordarse de que también cuando despegamos le pitaron los oídos a causa del cambio de presión en cabina.

—Por favor, señoras y caballeros. Estamos... estamos a punto de tomar... ¿tierra?

El capitán no está muy seguro de sus palabras, y menos de sus habilidades para lograr meter tanto tonelaje en una pista de *aterrizaje* como la que le espera ahí abajo. Venga, muchacho, tú puedes. Lo vas a vender todo. Vas a salir ahí fuera y te vas a comer el puto mundo. Esto está a punto de acabarse para ti, para todos estos. Así que, haz el favor, no pierdas ahora la compostura. Ya sabes lo que dice el refrán: *bien está lo que bien acaba... para ti*.

Tras los altercados del viaje, con sus correspondientes gritos y desmayos y golpes e inundaciones y ataques de histeria colectiva: después de todo, reina el silencio ABSOLUTO. Imagino que estamos en un ambiente parecido al de un campo de concentración a la hora del plantón y ducha fría..

Tomamos tierra. Sin lugar a dudas, uno de los peores aterrizajes que he tenido que sufrir a lo largo de mi vida. R, sin embargo, está pasándose en grande con los bandazos y los devaneos del cacharro: parece que va a partirse por la mitad como una *baguette* reseca. La mayoría de pasajeros se han colocado en posición fetal, como si eso fuera a solucionar algo. Cuando nos detenemos por completo, nadie aplaude. Bien, como lo suponía. Me hubiera molestado, francamente, que alguien tuviera la osadía de mostrar la más mínima muestra de jovialidad frente a la situación. Me gusta que me tomen en serio, y puedo asegurar que no ha sido nada fácil no fumar un solo cigarrillo durante nuestro trayecto. Pero seguro que eso no me lo agradecen. Cría cuervos.

La compuerta se abre torpemente, como la boca de un comatoso. Cojo de la mano a Blu Noir y la dejo pasar, no sin antes propinarle un simpático cachete en las posaderas: caballerosidad, eso es lo que nos diferencia de los animales. Me giro y veo a R con un rictus ensombrecido. Diría que está algo así como *triste*. Esto me descoloca un poco, la verdad. Esperaba que mi buen amigo estuviera rabiando por abandonar esta picadora gigante. Lo llamo por su nombre, le insto a salir. Él me mira, balbucea con tono grave y vuelve a girar la mirada. Allá donde la dirige está la niña del biberón, de pie, con el agua fecal del avión, que ya

comienza a achicarse por la compuerta, llegándole a la altura del pubis. A través del níveo vestido veraniego se le transparentan unas braguitas que parecen ser de fresitas y corazones. Al fin y al cabo, todos tenemos nuestro rincón para el amor, y R acababa de descubrir el suyo. La niña también lo mira fijamente, con un esbozo de sonrisa infantil que quiero pensar que no alberga ambigüedad alguna. Supongo que un ser como R ignora lo que significa tener diez años. También ignora lo que significa haber pasado la treintena de edad: retención de líquidos, reblandecimiento paulatino de la musculatura, primeros síntomas de putrefacción... Todo eso se la suda a dos manos: él ve lo que ve y comprende lo que puede. Con tacto perfectamente medido cojo a R del brazo y le invito a seguirnos. Parece que llora, al principio opone resistencia pero no tarda en ceder a mis indicaciones, no sin antes acercarse a la niña, enseñarle por última vez sus flamantes encías y depositar su preciada armónica sobre sus delicadas palmas a modo de *no-me-olvides*. Mi amigo hoy también va a aprender algo. Algo sobre el amor, el desamor y el pragmatismo. Lo que me pregunto es cómo va a codificar los datos, si es que alguna vez ha codificado *algo* en su vida.